

LOS '70: LA VOZ DE LAS CONSIGNAS

César Teach *

Diversos autores han señalado la distinción entre identidades *adscriptivas* e identidades *adquisitivas*. Mientras las primeras constituyen a los sujetos en forma independiente de sus deseos –las personas no pueden elegir el color de la piel, su sexo o la edad que poseen–, las segundas son el resultado de una construcción social en la que intervienen distintas esferas: la familia, la educación, el trabajo y la política entre las más relevantes.¹ Las identidades colectivas a las que alude este artículo, se articulan –no obstante sus componentes generacionales– con las dimensiones adquisitivas generadas por una sociedad cuya matriz constituyente era la relación entre Estado y actores sociales a partir de patrones de acción política marcados por la devaluación de los mecanismos institucionales de la democracia representativa.

El aprendizaje social que formaba y reformaba identidades colectivas en la Argentina de principios de los '70, se asociaba también a un clima de época que hundía sus raíces en los años precedentes. En este sentido, las lecturas de los argentinos ofrecen un testimonio aleccionador. En 1968 los libros más leídos en Argentina fueron: 1º) *Cien años de soledad*, de García Marquez. 2º) *Mi amigo el "Che"* de Ricardo Rojo. 3º) *La mujer rota* de Simone de Beauvoir. 4º) *Vida sexual de Robinson Crusoe* de Dalmiro Sáenz y Carlos Marcucci.² Una nueva sensibilidad recorría todos los poros de la vida cotidiana. Las lecturas y películas preferidas, la definición de las amistades, la elección de la pareja, los encuentros y conflictos familiares, fueron atravesados por ella y constituyeron espacios de redefinición de identidades colectivas.

* Investigador del CONICET. Centro de Estudios Avanzados, Universidad Nacional de Córdoba. El autor hace constar que una versión de este artículo será publicada en un libro editado en México por el Instituto Mora: *Temas de la historia oral en dos naciones de América Latina: Argentina y México. Representación, memoria e identidad*.

¹ Manuel Antonio Garretón, *Política y Sociedad entre dos épocas*, Rosario, Ed. Homo Sapiens, 2000, p. 43.

² Véase María Matilde Ollier, *La creencia y la pasión*, Buenos Aires, Ed. Ariel, 1998, p. 89.

Esta investigación ofrece un cuerpo documental centrado en las consignas que fueron cantadas en actos y manifestaciones populares realizados en Argentina entre 1969-1976, más específicamente, entre el “Cordobazo” y el golpe militar del general Videla. En todos los casos, las consignas no aluden a graffitis o consignas pintadas en las paredes de las ciudades sino a consignas orales, a saber, estribillos que eran coreados colectivamente en concentraciones de carácter político.

Las consignas orales constituyen una suerte de bisagra entre lo público y lo privado. En la dimensión pública, sus contenidos manifiestos explicitan —objetivan— líneas políticas, elecciones estratégicas, opciones tácticas. En su dimensión más particular, acompañadas de una musicalidad que varía desde el molde del estribillo deportivo al ritmo de cumbia, y asociadas siempre a una gestualidad en cuyo código prevalecen la rabia, la burla, el odio, la ironía, o el afecto a un líder, expresan el costado más íntimo de la subjetividad política.

Territorio aún inexplorado de la historia política y social —y aún de la historia oral— esa suerte de doble naturaleza de las consignas orales, abren las rendijas de un *aleph* borgeano desde el cual no sólo es posible espiar el universo sino asomarse a la comprensión de los sentidos que atravesaron una sociedad y una época.³

Desde el punto de vista metodológico, el itinerario recorrido para la elaboración de este trabajo exigió combinar y contrastar una diversidad de testimonios orales provenientes en su totalidad de ex-militantes políticos con la propia memoria del historiador que escribe. Al respecto, caben dos precisiones. Los testimonios orales fueron recogidos a lo largo de muchos años —en rigor desde 1987 hasta nuestros días— a través de conversaciones celebradas en contextos no formales, pero propicios para que los recuerdos irrumpían a flor de un café, una cerveza o un asado. En la verificación de cada consigna fue de gran utilidad la musicalidad que las acompañaba, dado que esta debía responder siempre a ciertos indicadores de verosimilitud, sobre todo, la rima y el ritmo. Para la generación que vivió los '70, la familiaridad con las consignas orales era casi íntima: se asociaba a lo que se suponía era un *proyecto de vida*. Por eso creo justo afirmar que ellas jalonan un camino privilegiado que permite al historiador o al sociólogo, acceder a los elementos subjetivos de la identidad política.⁴

En relación con lo anterior una segunda advertencia completa las referencias de orden metodológico: de las aproximadamente 120 consignas que he recogido en mi investigación, sólo he tomado en consideración para este artículo aquellas que suponían una afirmación de identidades colectivas. Fueran éstas de carácter organizacional (identificación con un partido o una organización guerrillera) o social (reivindicación de una clase o, simplemente, del “pueblo”), exhiben una subjetividad política que muestra sin pudor —como gustaría decir a Pierre Bourdieu— su poder constituyente, orientado a la edificación de un nuevo sentido común.

³ Desde una perspectiva vinculada a los estudios de comunicación, es útil el trabajo de Carlos Mangone “Acerca de consignas y slogans”, en Carlos Mangone y Jorge Warley (eds.) *El discurso político, del foro a la televisión*, Buenos Aires, Biblos, 1996.

⁴ De acuerdo con Alessandro Portelli, entiendo por subjetividad “las formas culturales y los procesos mediante los cuales los individuos expresan su sentido de sí mismos en la historia”. Véase al respecto, Ronald Fraser, “La historia oral como historia desde abajo”, en Pedro Ruiz Torres (ed.), *La historiografía*, Madrid, Asociación de Historia Contemporánea-Marcial Pons, 1993, p. 81.

Cuerpo Documental

CONSIGNAS DE IDENTIDAD: el concepto de *identidad* se vincula estrechamente al de *aprendizaje*. En este sentido, las consignas orales de identidad tuvieron, al menos, cuatro dimensiones: *expresiva* (explicitaban identidades), *pedagógica* (indicaban cómo eran esas identidades), *propagandística* (hacia el exterior de la organización) y *endógena* (orientada al potenciamiento de lealtades hacia el interior, y por consiguiente, tendientes a reforzar la fidelidad de los propios militantes). Las consignas de identidad podían asumir distintas formas; entre las más frecuentes se destacaban las de carácter organizacional (identificación con un partido o una organización guerrillera) y social (reivindicación de una clase o, simplemente, del “pueblo”).

1. NO SOMOS FACHOS/ NO SOMOS GORILAS/ SOMOS LOS HIJOS DE VICTORIO CODOVILA. Esta consigna era cantada en las manifestaciones de la Federación Juvenil Comunista, que respondía al PC. Presenta dos notas destacadas. La primera es el vínculo entre identidad y tradición, Victorio Codovila fue uno de los fundadores del Partido Socialista Internacional (1918) y del Partido Comunista (1920). La segunda, es el empleo del término “gorilas” para referirse a sus adversarios. La resignificación del término se hace evidente si se recuerda que el mismo era empleado, históricamente, por los peronistas para referirse no sólo a los liberales sino también a los partidos marxistas. Entre 1973-75, en cambio, es situado por el PC en el lugar de los contradestinatarios, adquiriendo una entidad similar a la de los “fachos” (referencia a la ultraderecha lopezreguista) o los imperialistas norteamericanos.

2. NO SOMOS YANQUIS/ NO SOMOS GORILAS/ SOMOS LOS HIJOS DE VICTORIO CODOVILA. El único cambio con respecto a la consigna precedente reside en sustituir al contradestinatario local por el extranjero. El trueque ofrece un matiz: refuerza la condición nacional de los “hijos” del dirigente histórico de Partido Comunista Argentino.

3. YO TE DARÉ/ TE DARÉ NIÑA HERMOSA/ TE DARÉ UNA COSA/ UNA COSA QUE EMPIEZA POR PE/ PECÉ. Prototipo de consigna lúdica, está construida sobre la base de un estribillo adolescente de carácter amoroso. Con frecuencia, la letra por la que empezaba la palabra coincidía con la inicial del nombre del novio, o chico que le gustaba a la “niña hermosa” a quien se dedicaba el estribillo. Esta consigna reflejaba la juventud de los manifestantes. Si las n° 1 y 2, asociaban la identidad al pasado –la tradición– en ésta parecía vincularse a una promesa, al futuro.

4. CIPAYOS/ GORILAS/ LA CRÍA DE VICTORIO CODOVILA. Era la respuesta de la Juventud Peronista a las consignas n° 1 y 2. El término “cipayo” –que evocaba el papel servil de sectores nativos durante la dominación colonial inglesa en India– apuntaba a señalar la dependencia del Partido Comunista con respecto a la Unión Soviética. El uso del término “gorila” no era sólo un *revival* del antiguo folklore peronista: ponía de manifiesto también cierta indiferencia hacia las políticas de apertura del PC, amén de su

carácter instrumental destinado a impedir el acercamiento de los comunistas a sus bases sociales.

5. NO SOMOS PUTOS/ NO SOMOS FALOPEROS/ SOMOS SOLDADOS DE FAR Y MONTONEROS. Este estribillo del año 1973, respondía a dicitos formulados desde la ultraderecha peronista, interesada en vincular a los jóvenes radicalizados con los espacios de la marginalidad. El término “falopa”, hoy en desuso, equivalía al de droga, y por ende, faloperos hacía referencia a drogadictos. Al igual que en las consignas nº 1 y 2, la afirmación de la identidad se hacía a partir de un componente generacional, pero a diferencia de ellas, tras su aspecto lúdico asomaba una estrategia de confrontación global en la que el uso del término “soldados” era una expresión por demás elocuente. Porque, ¿Qué son los soldados sino jóvenes guerreros? Cabe recordar que tanto las FAR (Fuerzas Armadas Revolucionarias) como Montoneros hicieron su primera irrupción pública en 1970. Las FAR con la exitosa ocupación física de la localidad de Garín, en provincia de Buenos Aires, los Montoneros con el secuestro del general Aramburu. Ambas organizaciones, las más numerosas del peronismo revolucionario, se fusionaron en 1973.

6. ¿DÓNDE ESTÁN FAROLES?/ ¿LOS FAROLES DONDE ESTÁN?/ EN LA SINAGOGA/ LEYENDO A CARLOS MARX. El término “faroles” aludía de modo irónico a los militantes de las FAR. Esta consigna es previa a la fusión con Montoneros y era usada por éstos para indicar que sus principales competidores no eran peronistas plenos sino judíos marxistas. Los datos de la realidad que inspiraban la “chicana” se relacionaban con: A) Sus miembros fundadores provenían de una escisión del Partido Comunista que, tempranamente, había entrado en contacto con el “Che” Guevara. Su aspiración primigenia era ser el referente central de Ernesto Guevara en Argentina. B) Parte de los miembros fundadores de las FAR eran judíos: Marcos Osatinsky (ex-secretario general del PC en Tucumán durante varios años), Raquel Gelin, Alejo Levenson, entre otros. Marcos Osatinsky, el más brillante de ellos, fue fusilado en 1974 en los sótanos de la jefatura de policía de la provincia de Córdoba. Cuando sus familiares trasladaban el cadáver a Tucumán, su cuerpo fue secuestrado y destrozado con explosivos. Tras el golpe militar de 1976, sus otros dos hijos José y Mario, fueron asesinados también en Córdoba, por militares que respondían al general Luciano Benjamín Menéndez.⁵

Esta presencia de judíos en las organizaciones revolucionarias amerita una aclaración. Los padres o abuelos de muchos de ellos habían sido inmigrantes que, provenientes de la Rusia zarista y Europa Oriental, trajeron al país las ideologías socialistas o anarquistas con las que se habían identificado en sus países de origen. Sus descendientes, no fueron impermeables a esa herencia cultural.

⁵ Sobre la familia Osatinsky, véase Gregorio Levenson, **De los bolcheviques a la gesta montonera**, Buenos Aires, Colihue, 2000, pp. 196-199.

7. SAN JOSÉ ERA RADICAL/ SAN JOSÉ ERA RADICAL/ Y MARÍA SOCIALISTA/ Y MARÍA SOCIALISTA/ Y TUVIERON UN HIJITO/ MONTONERO Y PERONISTA/ EA,EA,EA,EA, EA,EA,EA,É. En esta consigna, el lugar de Cristo es ocupado por Montoneros. No se trataba de una ocurrencia azarosa, enlazaba con la idea de un Cristo guerrillero redentor de la humanidad, presente fuertemente en un sector de los sacerdotes tercermundistas. En este sentido, era casi paradigmático el recuerdo del cura Camilo Torres en Colombia. El cántico no sólo ponía de manifiesto la influencia del catolicismo en Montoneros. En contraste con la consigna nº 6, revelaba su apertura a otras tradiciones políticas de las que Montoneros se concebía como una síntesis superadora.

8. Y YA LO VE/ Y YA LO VE/ ES EL GLORIOSO PERRETÉ. El Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT) era la dirección político militar del ERP (cuyos integrantes eran conocidos en el lenguaje críptico de la época como los “perros”). Sobre la base del mismo estribillo deportivo utilizado por el campeón mundial de fútbol en 1966, el Racing Club de Avellaneda (*y ya lo ve es el equipo de José*, en referencia a su director técnico José Pizzuti), la introducción del término “gloria” para referirse a la organización tenía un puente de plata con los himnos patrióticos argentinos que exaltaban las “gestas gloriosas” de la lucha por la independencia nacional en el siglo XIX. Cabe recordar la “*marcha de San Lorenzo*” que cantaban los niños de las escuelas primarias: “*Cabral, soldado heroico, cubriéndose de gloria (...)*”. De igual modo, el himno nacional argentino sostiene “*coronados de gloria vivamos, ¡oh juremos con gloria morir!*”.

9. PALO PALO PALO/ PALO BONITO PALO EH/ EH EH EH/ ES EL GLORIOSO PERRETÉ. El ritmo de cumbia que acompañaba al estribillo, desnudaba un sentido festivo inspirado en la confianza en el futuro. La identificación con el partido, concededor de las “*leyes de la historia*”, permitía unir la fiesta a la gloria de un destino tan luminoso como ineluctable.

10. MONTONEROS/ FAR Y ERP/ CON LAS ARMAS AL PODER. El colectivo de identificación rompe las barreras ideológicas y agrupa en un único “nosotros” inclusivo a todos los combatientes. De esta manera, el clivaje ya no residía en la adhesión a Perón ni tampoco –como en el caso de los grupos trotskistas o ideologistas– en el carácter de la revolución, sino en la opción estratégica elegida para la toma del poder. La unidad de los que luchaban por sus ideales con las armas en la mano se correspondía, asimismo, con las expresiones de deseos que los presos políticos de distintas extracciones reflejaban en sus comunicados conjuntos generados en distintas cárceles del país. Por otra parte, publicaciones periódicas –como la revista *Cristianismo y Revolución*– suministraban indicadores de una práctica política en la que dicha conjunción parecía posible y conveniente.

11. TUPAMAROS/ MIR Y ERP/ CON LAS ARMAS AL PODER. La referencia a las organizaciones armadas uruguayas y chilenas, construía una identidad común que

trascendía las fronteras nacionales en base a supuestos ideológicos y estratégicos afines. Al respecto, un sobrino de Salvador Allende —Andrés Pascal Allende, fundador del MIR chileno— recordaba en una entrevista la formación de la Junta de Coordinación Revolucionaria (JCR): en noviembre de 1972 se reunieron en una casa cercana al estadio nacional de Santiago de Chile, dirigentes del MIR y del PRT, entre ellos Miguel Enríquez y Mario Roberto Santucho, quienes concibieron la necesidad de gestar una suerte de Estado Mayor de la revolución en el sur de América del Sur. “A partir de esa reunión se incubó la idea de una coordinación de las organizaciones revolucionarias”.⁶ Pero su implementación fue tan débil como tardía. Sólo adquirió forma después del golpe militar de septiembre de 1973 en Chile, cuando uruguayos y chilenos se batían en retirada por la represión militar. Llegó a contar, de modo efímero, con una escuela de cuadros y una fábrica de ametralladoras situada en la localidad bonaerense de Caseros.

12. FAR Y MONTONEROS/ SON NUESTROS COMPAÑEROS. La consigna ponía de relieve el arrastre de masas de ambas organizaciones. La primera, constituida formalmente en 1970, echaba sus raíces en el impacto de la revolución cubana y el “Che” Guevara sobre el movimiento peronista. En el segundo semestre de 1973 se fusionó con Montoneros, cuyos orígenes ideológicos eran mucho más heterogéneos. En referencia a esta consigna, la socióloga Liliana de Riz recuerda una anécdota significativa: en un acto multitudinario de junio de 1973, celebrado en el estadio Luna Park de Buenos Aires, el flamante presidente Héctor Cámpora se sintió obligado a responder: “Vuestros compañeros son también los míos.”⁷

13. AQUÍ ESTÁN/ ESTON SON/ LOS SOLDADOS DE PERÓN. Esta consigna es anterior a la ruptura explícita entre Perón y Montoneros, de junio de 1974. Reflejaba las expectativas generadas en la juventud peronista por el discurso que Perón había esgrimido en los años precedentes, cuando identificaba a los guerrilleros peronistas con sus “*Formaciones Especiales*”. Su carta del 20 de febrero de 1971, dirigida a uno de ellos —Carlos Maguid, quien se encontraba preso— era por demás ilustrativa: “*La guerra revolucionaria en que estamos empeñados contra la canalla dictatorial, se intensificará cada día y no hemos de parar hasta liberar a la Patria (...) Esa hora, que no puede estar lejana, será de ustedes, los jóvenes, que lo dieron todo por ese destino y que merecen por ello el bien y el agradecimiento de la propia Patria*”.⁸

14. MONTO/ NEROS/ CARAJO. El segundo de los términos, dotaba a la consigna de un tono desafiante. Fue común en las manifestaciones de la Juventud peronista, sobre todo, a partir de 1974, cuando las tensiones en el interior del movimiento peronista y con el propio Perón se hicieron más crudas.

⁶ Entrevista de María Seoane con Andrés Pascal Allende (Buenos Aires, 1991), en M. Seoane, *Todo o Nada*, Buenos Aires, Planeta, 1991, pp. 194 y 218-220.

⁷ Liliana de Riz, *La política en suspenso 1966-1976*, p. 134. Las FAR contaron entre sus principales dirigentes a Carlos Olmedo, Marcos Osatinsky y Roberto Quieto, capturado y muerto, en circunstancias poco claras, tras la fusión con Montoneros.

⁸ *Cristianismo y Revolución*, n° 29, junio de 1971, p. 21.

15. A LA LATA/ AL LATERO/ LOS RANCHOS PERONISTAS SON FORTINES MONTONEROS. Se vinculaba con la presencia del Movimiento Villero Peronista y la Juventud Trabajadora Peronista en las zonas marginales urbanas. En la mejor tradición peronista, aspiraba a poner de manifiesto la comunión entre los “humildes” y Montoneros.

16. IZQUIERDA/ IZQUIERDA/ REFORMAS A LA MIERDA. Entre 1970-73, esta consigna era común denominador de un conjunto heterogéneo de agrupaciones estudiantiles –desde la trotskista Tendencia Estudiantil Revolucionaria Socialista (TERS) hasta la maoísta Corriente de Izquierda Universitaria (CIU), pasando por la leninista Línea de Acción Revolucionaria (LAR)– que buscaban marcar a fuego sus diferencias con la izquierda reformista y parlamentarista. Los principales contradestinatarios de esta consigna eran el Partido Socialista Popular y el Partido Comunista.⁹

17. IZQUIERDA/ IZQUIERDA/ ULTRAS A LA MIERDA. Coreada por los militantes del Movimiento Nacional Reformista (MNR –frente estudiantil del PSP), y de la Federación Juvenil Comunista (la “Fede”, como la llamaban sus militantes), constituía en el intercambio recíproco de consignas que tenía lugar en las manifestaciones, la respuesta a la precedente.

18. POLÍTICA DE MASAS/ LAS SECTAS A SU CASA. Al igual que la anterior, pertenecía al arsenal de la izquierda pacífica y moderada. La contraposición en la que se sustentaba el estribillo, aspiraba a poner al desnudo la irrelevancia numérica de la izquierda más radicalizada, así como su alejamiento de las “masas”.¹⁰

19. LUCHE, LUCHE, LUCHE/ LUCHE Y NO RESISTA/ QUE MAO ES EL MÁS GRANDE/MARXISTA LENINISTA. Es una de las pocas consignas en las que el vehículo de legitimación es la teoría, aunque asociada a un liderazgo carismático. Pertenecía a TUPAC (Tendencia Universitaria Popular Antimperialista Combatiente), vinculada a la maoísta y pro-albanesa Vanguardia Comunista (VC). También era asumida por los simpatizantes del pro-chino PCR. Cabe precisar que mientras la VC tenía su origen en una escisión socialista (Partido Socialista Argentino), el PCR se había gestado en una escisión comunista (PC).

20. MARXISMO LENINISMO/ CONTRA EL REVISIONISMO. Al igual que la anterior, la autolegitimación por la teoría tenía como contradestinatario al comunismo prosoviético. Se lo acusaba de desvirtuar (revisar de modo perverso) los contenidos científicos de la obra de los clásicos. Tanto esta consigna como la anterior identificaban,

⁹ La TERS era el brazo estudiantil del partido Política Obrera, la CIU respondía al PCR, y el LAR – con fuerte presencia entre los estudiantes secundarios de la ciudad de Córdoba entre 1970-73- respondía a las FAL.

¹⁰ En torno a la discusión historiográfica sobre el significado de las “masas”, véase Ismael Saz, “Una masa es una masa. O sobre la transmutación del siglo de la democracia en siglo de las masas”, en *El Siglo XX: balance y perspectivas*, Valencia, Universitat de Valencia, 2000.

de modo inequívoco, a los partidos maoístas. A fines de 1972 ambos partidos –VC y PCR– formaron el FRA (Frente Revolucionario Antiacuerdista), que propugnó el voto en blanco en las elecciones generales de marzo de 1973.

21. ERP/ ERP/ ERP/ MORIR O VENCER. Esta consigna muestra como pocas, que la militancia era un proyecto de vida al que había que consagrar todos los esfuerzos, pero también, un proyecto que podía conducir a la muerte. En la subjetividad de quienes la protagonizaban, esa forma de vida conducía al *hombre nuevo*, dueño de una moral superior, del que hablaba y había escrito el “Che” Guevara. No en vano, el mismo PRT-ERP declaró al 8 de octubre –día de la muerte del “Che”– como “*Día del Guerrillero Heroico*”. La vida heroica –movida por el afán de justicia– y la muerte heroica –resultado de la subordinación de los intereses personales o egoístas a un mandato colectivo–, transformaban en un sentido ennoblecedor al ser humano. En este punto, la influencia guevarista estaba en consonancia con el estribillo final del himno argentino –ver consignas n° 8 y 9– en virtud del cual la gloria podía hacer binomio tanto con la muerte como con la vida sustentada en imperativos heroicos.

Cabe añadir, que esta consigna oral tenía su correspondencia en la del MIR chileno: “*MIR/ MIR/ MIR/ VENCER O MORIR*”.¹¹

22. LA CLASE OBRERA TIENE LA BATUTA/ PARA QUE BAIEN LOS HIJOS DE PUTA. A diferencia de las precedentes, en esta consigna la identidad no es organizacional sino de clase. Tras ella, se aglutinaban todas aquellas agrupaciones que consideraban que la contradicción principal era librada entre la clase obrera y la burguesía, y por lo tanto, el futuro poder debía estar en sus manos o bajo su hegemonía. En ciudades como Córdoba, el papel directriz que la consigna atribuía al proletariado se correspondía en gran medida con su incidencia sobre la realidad social. Así, por ejemplo, un paro obrero se convertía en un paro de la ciudad misma.

23. SI ESTE NO ES EL PUEBLO/ EL PUEBLO DONDE ESTÁ. A diferencia de la precedente, el énfasis está puesto en el elemento “pueblo”. En diversas coyunturas, la puesta en escena de esta identidad tan amplia como abarcativa, tenía como blanco la retórica del contradestinario, empeñado en reducir las movilizaciones populares al accionar de un puñado de subversivos o “infiltrados” del comunismo internacional.

24. CUBA/ CUBA/ CUBA/ EL PUEBLO TE SALUDA. Consigna coreada en mayo de 1973, con motivo de la presencia del presidente de Cuba, Osvaldo Dorticós, en el acto de asunción de Héctor Cámpora a la primera magistratura. Introducía una novedad en la tradición populista argentina, el pueblo –identificado con la Cuba socialista– dejaba de ser sólo el pueblo peronista. Pasaba a ser percibido como una entidad más amplia, inclusiva de sectores no peronistas y, hasta hacía poco tiempo, tildados de “gorilas”. Asimismo, era indicativa de la evolución ideológica que afectó al peronismo desde los '60, principalmente en sectores juveniles de “clase media”, en el sentido más amplio de la expresión.

¹¹ MIR, Movimiento de Izquierda Revolucionaria, principal organización de la izquierda radicalizada en Chile antes de la caída de Salvador Allende.

25. EL QUE NO SALTA/ ES UN GORILÓN. Esta consigna tenía tres particularidades. En primer lugar, era la única que definía un movimiento físico de los manifestantes —cada uno saltaba en sentido vertical en el espacio que se encontraba— y por consiguiente, si era un “juego” para los manifestantes, tenía también un cierto efecto compulsivo sobre los espectadores de la marcha, e inclusive, para los participantes que pudieran ser no peronistas. Este aspecto lúdico y de presión al mismo tiempo, enlazaba con la segunda peculiaridad: la identidad peronista era definida por la negativa: quienes saltan son peronistas, quienes no lo hacen son su antítesis. En la tradición del peronismo histórico, el pueblo se identificaba con el pueblo peronista. La convivencia de esta consigna con la precedente en un mismo momento histórico —coreada seguramente por los mismos manifestantes peronistas— es susceptible de dos hipótesis no contradictorias entre sí. Develaba la resignificación del término “gorila” (así, estar contra Cuba ahora, era ser “gorila”); desnudaba la coexistencia de esa renovación con el fondo ideológico proveniente de la tradición peronista. En tercer lugar, el movimiento físico que acompañaba a la consigna —el hecho de saltar— desnudaba un componente generacional: los *viejos* no saltan.

26. Y YA LO VE/ Y YA LO VE/ HAY UNA SOLA JOTA PE. Su molde musical es el mismo que el de la consigna nº 8. La Juventud Peronista incluía un conjunto de grupos muy heterogéneos con preeminencia de Montoneros. La alusión a una única JP tenía por objeto deslegitimar a la denominada JOTAPERRA (Juventud Peronista de la República Argentina) que obedecía a María Estela Martínez de Perón.

27. Y YA LO VE/ Y YA LO VE/ ES LA GLORIOSA JOTA PE. Tiene la misma factura y sentido que la anterior.

28. JOTA/ TE/ PE/ LA NUEVA CGT. Este estribillo que identificaba a la Juventud Trabajadora Peronista (JTP), exhibía sin pudor las pretensiones hegemónicas de la conducción montonera que la orientaba en el plano político e ideológico. En los últimos meses de 1973, los locales de sus Unidades Básicas —diseminadas en las barriadas obreras de las principales ciudades del país— se convirtieron en uno de los blancos predilectos de los atentados cometidos por las “Tres A”. Al año siguiente, el pase a la clandestinidad de la organización Montoneros —con el consiguiente énfasis en la militarización de la política— marcó el inicio de su ocaso.

29. SEGUÍ ROBANDO/ PATRÓN/ SEGUÍ ROBANDO/ QUE LOS OBREROS TE VAMO A REVENTAR. Al cantar esta consigna todos los manifestantes —y por cierto, los numerosísimos estudiantes que solían integrarlas— se identificaban como obreros. Al no pronunciar la “s” de vamos, se acentuaba el aspecto plebeyo. En rigor, esta identificación no fue siempre mera retórica: las organizaciones marxistas solían enviar sus cuadros estudiantiles a “proletarizarse”. Ello significaba conseguir empleo en una fábrica, irse a vivir a un barrio de trabajadores asalariados y abandonar todo indicio de estilo de vida “pequeño burgués”. Cabe añadir que la contraposición que encierra la consigna estaba a tono con las agrupaciones que creían que la contradicción principal no era, como afirmaban los Montoneros o el PC, entre la nación y el imperialismo, sino entre la clase obrera y la burguesía en su conjunto.

30. SI EVITA VIVIERA/ SERÍA MONTONERA. La imagen de una Evita guerrillera construía un hilo conductor que vinculaba pasado y presente. Esta cuestión era central en el retrato de la identidad montonera. De este modo, se entiende la explicación que Mario Eduardo Firmenich daba al escritor Gabriel García Márquez: *“Uno de los rasgos particulares de nuestra guerra revolucionaria es que el foco guerrillero no genera el movimiento de masas, sino que éste lo precede en un cuarto de siglo. El movimiento de masas empezó en 1945 y el movimiento armado no comenzó hasta 1970.”*¹²

31. EL CHE ESTÁ PRESENTE/ EN CADA COMBATIENTE. En este caso, los manifestantes no se identificaban con una clase o una organización en particular, sino que se presentaban como “combatientes”. Por consiguiente, permitía unir en el estribillo al conjunto de simpatizantes y militantes de las organizaciones político militares de raigambre marxista. La figura galvanizadora del “Che” apuntaba al ideal del hombre nuevo. Textualmente en la consigna, Guevara estaba “adentro” de cada uno de los manifestantes. En la subjetividad revolucionaria de la época, ello suponía al menos tres significados: ascetismo y sacrificio personal hasta el grado de luchar hasta la muerte, ser sensible ante las injusticias — *“sentir en lo más hondo cualquier injusticia que se cometa contra cualquiera en cualquier parte del mundo”* (Che) y transformarse en la lucha — *“endurecerse sin perder la ternura”* (Che). Estos aspectos implicaban erigir una moral que enaltecía el desprecio por los bienes materiales y el coraje en un combate vivido y conceptualizado de acuerdo a la certidumbre teleológica de la que se hacía eco una vieja estrofa musical de la Internacional Comunista, como una *“lucha final”*.

32. PUEBLO/ QUE ESCUCHA/ ÚNETE A LA LUCHA. Consigna amplia y genérica, en la que el contradestinatario sólo existe por omisión. A diferencia del resto de las consignas, tenía un componente práctico inmediato: engrosar las manifestaciones, ya iniciadas. En consecuencia, estaba orientada a los paradestinatarios, es decir, a aquellos observadores de la marcha que, incentivados por el estímulo del estribillo, espontáneamente pudieran sumarse a ella.

33. PERÓN/ EVITA/ LA PATRIA SOCIALISTA. Ponía de manifiesto la radicalización hacia la izquierda de importantes sectores del movimiento peronista. A diferencia de la consigna tradicional (más escrita en las paredes que vociferada en manifestaciones), “Patria SÍ/Colonia NO”, ésta aspiraba a poner de manifiesto que la única patria liberada era la patria socialista. Fue entonada con entusiasmo por los jóvenes de la Juventud Peronista, Montoneros, FAR (Fuerzas Armadas Revolucionarias), FAP (Fuerzas Armadas Peronistas) y Peronismo de Base. Con matices propios, estas organizaciones creyeron haber encontrado en el peronismo una fórmula original y específica, “argentina”, de transitar hacia la liberación nacional y social

¹² Gabriel García Márquez, *Por la libre*, Buenos Aires, Sudamericana, 2000, p. 108.

Consignas de la derecha:

34. PERÓN/ EVITA/ LA PATRIA PERONISTA. Consigna unificadora del conjunto de grupos y organizaciones verticalistas y ortodoxas del peronismo. Tras ella, se encolumnaban los dirigentes nacionales de las más grandes estructuras sindicales –como la UOM de Lorenzo Miguel o el SMATA de José Rodríguez–, la Juventud Sindical Peronista, la JPRA, el Comando de Organización, etc. Este estribillo –antitético del referido en el n° 30– tenía como contradestinatario al peronismo combativo de los sindicalistas de izquierda –como Raimundo Ongaro y Atilio López– y, sobre todo, a las FAP, FAR y Montoneros.

35. NI YANQUIS/ NI MARXISTAS/ PERONISTAS. Esta consigna no sólo expresaba la tradicional veta anticomunista del peronismo. Exhibía también con particular contundencia su rechazo a cualquier forma de contemporización con las organizaciones de izquierda. En este sentido, si se compara con la consigna n° 21 puede constatarse foso polar que erizaba los enconos de la guerra interna en el peronismo. En consecuencia, la consigna apuntaba a tres contradestinatarios distintos, los EE.UU, las organizaciones marxistas, y los guerrilleros peronistas

36. PERÓN/ MAZORCA/ JUDÍOS A LA HORCA. En esta consigna la figura de Perón se asociaba a la del dictador decimonónico, Juan Manuel de Rosas, quien en la década de 1830 alentó la formación de una organización parapolicial conocida como la Mazorca. El término evocaba una imagen de unión monolítica: la cohesión que proporciona la espiga a los granos de maíz. La exterminadora violencia represiva ejercida contra sus opositores, hizo honor a la expresión que su pronunciación sugería: sonaba a “más horca”. Al igual que en el siglo XIX, en este estribillo los manifestantes –en rigor pequeños grupos de ultraderecha, nacionalista y peronista– jugaban con *la horca*. En este punto cabe señalar tres cuestiones. La primera, los judíos no aparecieron nunca en el catálogo de enemigos de Perón. Ni desde el punto de vista doctrinario –el concepto de “sinarquía” no aparece en sus textos clásicos– ni en su práctica política. Al respecto cabe recordar que el propio Perón había estimulado el respaldo de los judíos a su gobierno mediante la creación de la OIA (Organización Israelita Argentina) entre 1946-55; en segundo lugar, el resurgimiento del antisemitismo en la Argentina a partir de fines de 1971, en que la ultraderecha nacionalista propagó en la prensa y de modo masivo, la denuncia acerca de una conspiración judía –el “*plan Andinia*”– para apoderarse de la Patagonia; en tercer término, la legitimación que algunas publicaciones del peronismo –como “*El Caudillo*” o “*Cabildo*”– otorgaban a la prédica antisemita. Asimismo, la presencia de judíos en el peronismo progresista como José B. Gelbard (ministro de Economía de Cámpora), o de izquierda (como Marcos Osatinsky, dirigente histórico de las FAR), ponía a la claras que los judíos peronistas –que los había– estaban del otro lado de la barricada.¹³ Fuera del peronismo era posible encontrarlos, sobre todo, en los grupos sionistas que alentaban la emigración a Israel, la prensa liberal (Jacob Timerman era

¹³ Sobre estos temas, véase Leonardo Senkman, *El antisemitismo en la Argentina*, Buenos Aires, CEAL, 1986.

director del diario *La Opinión*), la UCR y el PC, cuyos militantes de origen hebraico tendían a negar su identidad de origen en aras de un sedicente universalismo proletario. Nada de ello resultaba grato, ni al nacionalismo ni al peronismo de derecha.

37. PERÓN/ MAZORCA/ LOS BOLCHES A LA HORCA. Estribillo análogo al anterior, definía el enemigo interno y el método para combatirlo: el exterminio. Las coincidencias con la ideología nazi en la definición de los enemigos –judíos y comunistas– no eran fortuitas. En muchos casos, había un *uso instrumental del peronismo* por los grupos de la extrema derecha nacionalista. Un ejemplo extraído del movimiento estudiantil: la UNES (Unión Nacionalista de Estudiantes Secundarios); no eran peronistas, pero lo invocaban. En el marco de la guerra interna del peronismo, la acción de estos resistas –admiradores de los líderes totalitarios europeos como Hitler y Mussolini– era funcional a la derecha lopezreguista y la burocracia sindical.

38. EN LA PATRIA DE PERÓN/ NI JUDÍO/ NI MASÓN. Esta consigna fue vitoreada con motivo del nombramiento del fascista Alberto Ottalagano, como rector normalizador de la Universidad de Buenos Aires en 1974. El binomio demonizado repetía un cliché tradicional del integrista católico. En esa coyuntura, la difundida presencia de judíos en los sectores progresistas de la sociedad argentina facilitaba, desde el punto de vista propagandístico, su vinculación tanto al marxismo como al liberalismo masón. En rigor, la incidencia de éste en la realidad política argentina de los '70, era ínfima.

39. HOLA DON PEPITO/ HOLA DON JOSÉ/ DÓNDE ESTÁN LOS ROJOS/ LOS ROJOS NO SE VEN. Este estribillo tiene su origen en el universo infantil de los payasos españoles, Gabi, Fofó y Miliki. Empleado en las disputas estudiantiles secundarias de la época, el calificativo de “rojo” servía para designar al enemigo de un modo amplio: incluía desde los grupos trotskistas hasta los militantes peronistas de la UES (Unión de Estudiantes Secundarios). La consigna coreada por adolescentes de derecha – y con mayor frecuencia, por los que decían no había que “meterse en política” –, apuntaba a poner de manifiesto que el espacio público –las calles o los patios de las escuelas– no eran monopolio de las agrupaciones de izquierda, los “infiltrados” en el peronismo o los radicales progresistas de la ORES (Organización Radical de Estudiantes Secundarios).

Reflexiones finales

La reconstrucción de las *consignas orales de identidad* permite restituir a los militantes desaparecidos y muchas víctimas de la represión su identidad, que se diluyó en el meritorio empeño cívico de los organismos de derechos humanos en la década del '80. Mas, el deber del historiador consiste en comprender, en este caso, el de la participación política vehemente y activa de millares de argentinos en los años '70.

Ciertamente, resulta imposible explicar la participación política en los '70 –en Argentina y en América Latina– a partir de un cálculo de costos y beneficios evaluado en términos individuales. Las teorías económicas de la participación política, centradas en

la incidencia de incentivos selectivos, al estilo de Mancur Olson, son inútiles a la hora de dar cuenta del torrente de *identidades intensas* que se templaron al calor de una *cultura de movilización* que impregnó hasta los últimos rincones societales. Intensidad política – altas y peligrosas cotas de compromiso individual– y cultura de la movilización –“*la política en las calles*”, tomando a préstamo el título del conocido libro de Hilda Sabato para el siglo XIX porteño¹⁴– formaron parte de un matrimonio indisoluble sustentado en la fe en un mundo mejor. Y más específicamente, en la viabilidad de un cambio en las estructuras económicas, políticas y sociales de la Argentina. Desde cierto ángulo, poco importa si ello era una ilusión; como ya lo advirtió hace más de medio siglo Marc Bloch, nada más ajeno a lo humano que el “*movimiento de relojería*”.¹⁵

En rigor, ese futuro imaginado tenía poco que ver con las “*democracias de baja intensidad*” –para usar esta vez un término grato a Guillermo O’Donnell– que pueblan América Latina al inicio de un nuevo milenio. Tampoco se asociaba a las democracias avanzadas de Europa, como las de Holanda, Suecia o Francia. La democracia imaginada tenía anclajes clasistas y organizacionales muy marcados y, por consiguiente, poco compatibles con el ejercicio del pluralismo político en el sentido más amplio de la expresión. Así, se insistía en la necesidad de sindicatos o centros de estudiantes “*representativos, democráticos y combativos*”, pero esta línea directriz se diluía y desdibujaba en proyectos estratégicos que asociaban también de modo indisoluble, la revolución a la práctica de la violencia política. Es que en puridad, los valores absolutos y excluyentes que anidaron en la sociedad argentina no reconocieron fronteras de clase u organización. Pero ello no significa de modo alguno, uniformar responsabilidades y dejar de distinguir entre los cultores sistemáticos del exterminio amparado por el Estado –los que apelaban a las *horcas*, por ejemplo– y quienes concebían la *revolución* asociada a una ética de la justicia social y de la redención humana.

Es verdad. La historia de la violencia en la Argentina nació con el país mismo. Pero si hay que poner fecha al nacimiento de la *subversión institucional*, ésta fue muy anterior al surgimiento de las organizaciones armadas peronistas o de izquierda. Comenzó con el golpe militar del Gral. Uriburu en 1930, se extendió de la mano de los conservadores con las prácticas del sufragio fraudulento hasta 1943, año en que un nuevo golpe militar disolvió los partidos políticos e impuso la enseñanza religiosa obligatoria en los colegios; entre 1946-55 el gobierno peronista limitó el ejercicio efectivo de los derechos democráticos y republicanos, y sobre las postrimerías de su gobierno fue la propia Iglesia Católica quien junto a los partidos tradicionales co-organizaron la violencia política –a través de los célebres “comandos civiles”– para provocar su derrocamiento. Luego, vinieron 18 años de proscripción de la fuerza política mayoritaria –el peronismo– realizada en nombre de los principios democráticos. Desde finales de los años ’50, la idea de que el país estaba en guerra contra un enemigo que estaba infiltrado en el movimiento obrero pero también en las agrupaciones estudiantiles, los grupos de teatro o las revistas literarias, se convirtió en doctrina oficial de las Fuerzas Armadas. Así, el llamado Plan CONINTES (Comoción Interna del Estado), les permitió participar en la represión de

¹⁴ Hilda Sabato, *La política en las calles*, Buenos Aires, Sudamericana, 1998.

¹⁵ Marc Bloch, *Introducción a la historia*, México, F.C.E., 1952, p. 150.

las izquierdas y el peronismo. Finalmente, el golpe militar del general Onganía en 1966 coronó el proceso de exclusión política y expulsión de los disidentes a los márgenes de la ilegalidad.

Quienes se iniciaron en la vida política en los años '60 y '70 –al menos, dos generaciones de argentinos– ¿qué percepción podían tener de la política? Veían un sistema de partidos mutilado, militares imponiendo las reglas del juego político, macartismo cultural, proscripción de amplios sectores populares. Las consignas orales de identidad reconstruidas en este trabajo, indican que la respuesta de una parte de esas dos generaciones se expresó en el lenguaje de las barricadas, de las bombas molotov, de los actos relámpagos, de la violencia guerrillera. Tomar el cielo por asalto, con sus componentes democráticos y autoritarios, de generosidad y de soberbia, dejó de ser una metáfora para convertirse en subjetividad política y práctica cotidiana.

PRESENTACIÓN

LA CATEGORÍA “ÉLITES” COMO HERRAMIENTA CONCEPTUAL: DE LA DISCUSIÓN A LA APLICACIÓN

En algún sentido, la historia de las élites de poder es casi tan vieja como la misma profesión del historiador. Los grupos minoritarios que ocupan un lugar superior en la sociedad y, como afirma Giovanni Busino, se arrogan el derecho de reglar asuntos comunes por el hecho de su nacimiento, de su cultura, de sus méritos o de su riqueza, han interesado a los científicos o protocientistas sociales desde siempre.

Sin embargo, es bien sabido que hasta comienzos del siglo XX faltaba un cuerpo teórico que permitiera un abordaje metodológico riguroso de la cuestión. La categoría de clase social hegemónica o dominante no parecía ofrecer todas las respuestas para explicar los atributos ni el accionar de los sectores más encumbrados de la sociedad en el contexto de los sistemas políticos liberales. Si la sociología weberiana proporcionó algunas respuestas, les cupo a Gaetano Mosca, Vilfredo Pareto y Robert Michells el mérito de formular algunas tesis de referencia insoslayable para los estudiosos del tema. La formación y la transformación de las élites; las características y las cualidades que las distinguen; su organización y función; su relación con las masas; las leyes que gobiernan el advenimiento, la permanencia y la declinación de las minorías dirigentes, como parte de un proceso conocido como “circulación” de tipo horizontal o vertical; el modo en que las organizaciones autofagocitan sus propias finalidades e ideologías para preservar únicamente el espíritu de autoconservación de las oligarquías, son los principales tópicos aportados por estos autores que hoy constituyen el bagaje clásico de las teorías elitistas.

El dinamismo teórico y social aportó nuevos elementos para repensar los grupos de poder. A lo largo del siglo XX, de las interpretaciones unívocas de *la* élite se pasó a otras que contemplaban fracciones dentro de la misma y, posteriormente, a otras que reconocían la existencia de tantas élites como competencias sociales, políticas, religiosas, culturales, intelectuales, etc., hubiera. Así, comenzaron a ser reconocidas las especificidades de las distintas élites que conducían diferentes espacios donde ejercían el poder.

La novedad que representó este enfoque plural, fue acompañada de cambios en cuanto a los procesos a observar en las minorías dirigentes. Y si bien continuaron abordándose cuestiones tales como las de selección, cooptación, formas de reclutamiento y circulación, los análisis fueron enriquecidos con la inclusión de nuevos problemas, al calor de transformaciones sociales que, a medida que avanzaba el siglo, demandaban nuevas interpretaciones. Los procesos referidos a la reconversión, transformación y re-

estructuración de los grupos dirigentes; las formas de intercambio y de conflicto entre los grupos dirigentes y otros sectores sociales; la competencia no sólo local, regional o nacional de algunas élites sino también internacional, necesitaban ser explicados. Algunos de los aportes realizados al respecto por las ciencias sociales y, especialmente, por la sociología francesa durante la última década, han sido recogidos con maestría en el artículo de Monique de Saint Martin incluido en esta sección, que ofrece un panorama actualizado de la agenda de problemas contemplados y a contemplar en torno a las élites.

¿Qué ocurrió, entre tanto, con la disciplina histórica y el estudio de las élites? Ninguno de los modelos pensados por la sociología pudo aplicarse de manera pura dado que las realidades de cada sociedad, grupo u organización en un momento histórico determinado poseen una riqueza que excede los límites que *a priori* establece un modelo que fue útil para analizar otra realidad de otro momento histórico determinado. La historia construida sin el objetivo de encastrar a presión los procesos del pasado, aportó especificidad, excepciones y complejidad.

Las historias latinoamericana y argentina articularon interpretaciones en torno a quienes detentaban el poder. Pero aunque existen trabajos magistrales —entre los cuales no podemos dejar de rememorar *El patriciado uruguayo* de Carlos Real de Azúa o *Revolución y guerra* de Tulio Halperín Donghi— que fueron seguidos por contribuciones más acotadas sino en el tiempo al menos en el espacio, las investigaciones sobre las élites de poder en sí mismas y en relación con la sociedad están muy lejos de haberse desarrollado con tanto interés como el manifestado hacia otros actores sociales y políticos. Centrémonos en Argentina. Si pensamos en la atención conferida desde 1983 por la historia social a los sectores populares, los trabajadores, el movimiento obrero, las familias que poblaban la pampa en el período tardocolonial y la primera mitad del siglo XIX, la inmigración, comprenderemos que eran otros sujetos históricos —“los sin voz”— los que merecían un tratamiento mucho más exhaustivo que los grupos de poder, en consonancia con las reivindicaciones propias del retorno del régimen democrático. De modo que los estudios de las élites —como categoría analítica o como sujeto histórico— quedaron comparativamente relegados, sobre todo en aquellos primeros años esperanzados.

Quedó abierto un campo de indagación que paulatinamente comenzó a cubrirse con estudios centrados en los grupos de poder que permiten construir historias de las élites. En sí mismos, constituyen aportes significativos. Pero también permiten repensar desde otro ángulo algunos temas o problemas dados por supuestos. Al respecto, queremos realizar sólo algunos señalamientos que recogen el sentido de haber organizado esta sección.

Pueden esperarse importantes contribuciones, como dijimos, de la introducción de una nueva agenda de procesos a analizar, pero también de la incorporación de nuevas fuentes provistas por archivos privados que incluyan correspondencia que orienten al investigador en la búsqueda de nuevos intersticios para viejos problemas que necesitan ser remozados. El tratamiento de documentación epistolar procedente de ese tipo de repositorios ha permitido, por ejemplo, a Claudia Ribeiro Viscardi revisar exitosamente la versión canónica de la historia de Brasil que daba por supuesta la construcción del Estado Oligárquico brasileiro (1889-1930) en torno a la llamada “alianza del café con leche” para desplazar la atención hacia el juego de alianzas inestables dentro de un modelo político estable, característico de la República Velha.

No menos aportes son esperables de los estudios prosopográficos que, con el fin de explicar tendencias en los procesos de formación, selección, reclutamiento, conformación y vinculación de los grupos de poder a partir de análisis micro, van generalizándose. La potencialidad de este tipo de estudios se pone de manifiesto en esta sección en otro artículo, también referido al Brasil. El minucioso trabajo llevado a cabo por Flavio Heinz que está en el trasfondo de la síntesis que aquí se expone, muestra las relaciones entre intereses agrarios y campo político en Brasil entre 1930-1960. Además de reparar en el vínculo existente entre las élites agrarias y el Estado, el autor incluye el esquicio de los perfiles sociales y políticos de las primeras, identificadas con los equipos dirigentes de dos entidades patronales rurales.

También los trabajos enfocados saludablemente desde perspectivas de análisis más clásicas prometen nuevas contribuciones. Una de ellas es la que estudia las relaciones establecidas entre la dirigencia estatal y los sectores sociales subalternos, o entre los primeros y las élites patronales. En esta última línea se inscribe el estimulante trabajo de Joel Horowitz que profundiza con agudeza sus explicaciones referidas a la relación entre el gobierno radical argentino de los años 1920 con las élites económicas y los sindicatos en oportunidad de discutirse una legislación de seguridad social.

Otra, es la que explica el comportamiento de las élites políticas en el seno de las instituciones. Uno de los ámbitos privilegiados para observarlo es el de los partidos políticos o de las facciones/fracciones de los mismos, tratados ya sea en sus aspectos ideológicos u organizativos, ya en cuanto a la práctica política, ya en el conjunto de esos aspectos. En esa veta de indagación se inscribe el sugerente artículo de Susana Piazzesi, quien muestra de qué manera el antipersonalismo santafesino se inserta en el poder nacional y controla entre 1937 y 1943 el ejecutivo provincial utilizando sistemáticamente el fraude electoral como estrategia de permanencia de sus élites dirigentes en el poder político.

En suma, esta sección intenta rescatar distintos modos de encauzar con profundidad un tema que no por "familiar" puede considerarse del todo conocido. Porque siguen escaseando los trabajos que hayan tomado a las élites como herramienta conceptual para articular la historia del subcontinente, es esperable que esta sección contribuya a la formulación de indagaciones sistemáticas.

Marcela Ferrari